

La identidad de la escuela católica

JOSÉ M.^a MARTÍNEZ BELTRÁN

La escuela resulta hoy centro de atención en lo que a educación cristiana se refiere. Del año 1965 a 1977 llevamos contabilizados ciento once documentos sobre la Escuela Católica procedentes de los puntos más distantes del universo cristiano, señal cierta de que la escuela se considera base segura de educación. Para todas las sociedades la escuela ha pasado de ser un objeto de consumo a la concepción de la educación como base del desarrollo económico. Las investigaciones de Th. Schultz en USA, F. Edding en Alemania e I. Svenilsson en Suecia le reconocen un 50 por 100 de influencia en el desarrollo de los pueblos y consideran su dinamismo como *primera fuerza social*.

Ahora bien, pensar en la *identidad* de la escuela católica es algo más complejo por las muchas posibilidades de definición según sea la diversidad de objetivos que por su medio se persigan. Se podrá dar una definición esencialista y abstracta, no menos válida por cuanto nos sugiere objetivos-tendencia; pero la exigencia definitoria de la identidad pide definiciones históricas, radicalmente arraigadas en la realidad de las variables que condicionan su propia esencia cristiana.

Entre las muchas variables que podemos señalar destacan las siguientes: La personalidad del alumno en proceso de desarrollo integral. La sociedad en la cual la escuela está integrada. Los valores y antivalores de que esa sociedad se autoalimenta. La comunidad educativa y su intencionalidad formativa. Y la variable referencial a la figura de Jesús, presente en la esencia misma de la educación cristiana.

Al intentar definir los rasgos fundamentales de la escuela, he optado por sentirme portavoz del Instituto San Pío X. Son muchos los profesores de este centro que han dejado oír su voz sobre el particular, muchas las páginas de nuestra revista SINITE dedicadas a serias reflexiones sobre la escuela cristiana. Por eso, mi opción ha sido por ellos, y en lugar de perderme entre bibliografías abundantes he preferido poner en una mano los principales Documentos eclesiales sobre la escuela cristiana y en la otra el respaldo ideológico de mis compañeros de trabajo y reflexión. Espero que mi trabajo tenga buen fin, ya que tan buenos soportes ha encontrado.

I. LA ESCUELA CATOLICA ES AQUELLA QUE ASUME LA RESPONSABILIDAD DE SER ESCUELA Y COMO TAL INTEGRA EN SU FUNCION EL MAS ALTO GRADO DE PROFESIONALIDAD

Cuando la escuela se hace instrumento eficaz de formación personal, cuando permite la evolución de la persona y logra sintonizar con los dinamismos constructivos de la conciencia individual, se constituye a sí misma en lo sustantivo de la definición. Si persigue la formación integral no puede permitirse eliminar ninguna dimensión educativa sin sentirse imperfecta como institución al servicio del hombre y de la sociedad. La dimensión religiosa da al hombre la posibilidad de referencia al origen, a la realidad que completa su sentido de vivir; y si la escuela no realiza esta misión no se puede llamar tal.

En su identidad misma están implícitos los elementos que la justifican como lugar privilegiado de formación de la persona. En ella se realizan progresivamente los momentos del despertar intelectual hasta llegar a la capacidad de operaciones formales; el niño aprende a configurar su afectividad en sintonía de su propio carácter con la afectividad de los otros; y elabora los procesos de socialización, que son el soporte de la convivencia y comunicación interpersonal.

Esta intencionalidad educativa es la que hace afirmar al Documento sobre la Escuela Católica:

«Para llevar a cabo esta misión, la Iglesia crea sus propias escuelas, porque reconoce en la escuela un medio privilegiado para la formación integral del hombre, en cuanto que ella es un centro donde se elabora y se transmite una concepción específica del mundo, del hombre y de la historia»¹.

Pese a la intención totalizante que estas afirmaciones llevan consigo, es evidente que el papel de la escuela consiste en ayudar al joven a construirse un modelo de percepción que se integre en su psicología como *constructo* inte-

¹ Sagrada Congregación para la Educación Católica: *La Escuela Católica*. Roma, 1977, n. 8.

grado por la experiencia escolar y por el significado afectivo que otorga a la misma. Este *constructo* o modo de ver y vivir en el mundo implica dos funciones inseparables:

- a) Por una parte, la escuela ayuda en la aprehensión de la realidad por medio de los contenidos progresivos y acomodados a la capacidad intelectual del alumno, transmitidos por un método diferenciado que se hace también contenido por su significado para la persona.
- b) Además, la escuela ayuda en el análisis y la confrontación de lo ideal con lo real en ese proceso de diferenciación de principios en los que se ha cifrado el sustrato de la maduración de la persona. Los valores culturales y los valores de vida han de ser integrados si no se quiere dejar a la persona en situación permanente de confusión neurótica. El principio de la realidad ha de presidir toda referencia cultural si no quiere reducirse a simple abstracción.

Y aquí es donde el método define a la escuela. Ni los contenidos ni las leyes del aprendizaje son nada si no consiguen, por el método, llegar al significado personal. «El planteamiento de la educación será función de la apropiación personal de la búsqueda individual y colectiva», lo cual en el pensar de P. M. Gil² constituye lo específico del método: «el síntoma de la educación religiosa y de la auténtica cultura —sigue el autor— será la actitud de compromiso o verificación personal».

Además de la formación integral y de la aprehensión significativa de la realidad que hemos señalado, hay que destacar la dimensión ética de la cultura que la escuela transmite. La escuela no es ni puede ser neutra. La persona del educador aflora en sus palabras y comportamientos, y con ella se produce la necesaria transferencia de contenidos y personalidad. La ética, inexistente en sí misma, se adhiere a la concreción de los significados personales y, merced a la maravillosa cualidad de la conciencia en interacción que es estructurante de otras conciencias, se transfiere al alumno en un intento —quizá inconsciente— de estructuración personal. La escuela, más que enseñar, ayuda a aprender el significado de la propia existencia, y así da dimensión ética a la misma cultura.

Todo lo dicho implica una gran exigencia de profesionalidad. Esto no significa el cumplimiento exacto de estructuras escolares, ni se limita a la preparación pedagógico-científica de los claustros de profesores; penetra hasta la esencia misma del «ser educador» que se hace proyecto educativo en sintonía de conciencias con los componentes de la comunidad educativa.

«Para realizar este proyecto educativo con toda fidelidad —leemos en *La Escuela Católica*—, la escuela debe poder contar con la *unidad de intención*

² GIL LARRAÑAGA, P. M.: *Correlación y educación de la fe*. Sinite, n. 55 (1977), p. 417.

y de convicción de todos sus miembros»³. «Asumir la responsabilidad de ser escuela», tal como enunciarnos al principio de este apartado, sobrepasa los límites estructurales y metodológicos y llega a la raíz de la persona del educador, al fenómeno mismo de su conciencia en el que se integra cada persona en proceso de educación, que lo es también de relación interpersonal.

II. LA ESCUELA CATOLICA RESPETA PROFUNDAMENTE LA LIBERTAD DE LA PERSONA Y LA AUTONOMIA DE LA CIENCIA

La escuela se ve sometida hoy a la presión de diferentes ideologías. Todas ellas podrían denominarse con el nombre genérico de antipedagogías y anti-didácticas. Lo que persiguen es convertir la escuela en lugar de alternativa política y de manipulación en favor de ideologías de partido. Incluso la escuela católica siente los ataques de los defensores de la escuela neutra, por considerarla como hipotecaria de doctrinas monopolizadoras de la verdad e impositivas sobre las conciencias de los individuos.

La experiencia nos dice cómo lo impuesto recibe el rechazo de los jóvenes por lo que tiene de totalizante. La juventud delira por la libertad, y en este deseo expresa su exigencia de autonomía, de responsabilidades de opción. Autonomía de las ciencias y del método científico no significa supresión de toda referencia al origen, a lo religioso⁴, sino supresión de toda presión sobre las conciencias juveniles.

Los contenidos doctrinales de nuestra fe no son, evidentemente, laicos en sí mismos. La autonomía de la ciencia se refiere a su presentación e intencionalidad metodológica. No se puede, en nombre de la verdad, imponerla como en un intento de evangelización-conquista; la verdad se expone y propone en la creación del marco de referencia doctrinal en el que la persona pueda abrirse —o cerrarse, según sus opciones— a la verdad total. La escuela no tiene derecho a hipotecar la personalidad de los jóvenes ni a aprovecharse de lo maleable de sus conciencias basada en proselitismos malinterpretativos de la fuerza del Evangelio.

Entenderemos, pues, por escuela cristiana la que, en el respeto profundo por la libertad, entrena al alumno en la confrontación de las culturas, permitiéndole su apertura a una verdad más total. Si bien la enseñanza religiosa no puede ser laica en su contenido teológico, debe respetar la autonomía

³ *La Escuela Católica*, n. 59.

⁴ Cfr. Concilio Vaticano II, Constitución Pastoral: *Gaudium et Spes*: «Realmente de los misterios de la fe cristiana recibirán múltiples estímulos y ayudas para cumplir intensamente su misión y, sobre todo, para descubrir el sentido pleno de las actividades que señalan a la cultura el puesto eminente que en la vocación integral del hombre le corresponden» (n. 57).

de las ciencias y de los métodos científicos que les son propios⁵. La «fuerza y fecundidad del Evangelio» consiste en su capacidad de liberar y plenificar al hombre (*La Enseñanza religiosa escolar*, núm. 9), pero se somete al condicionamiento humano de ser él mismo quien ansía su propia plenificación realizada en la plenitud de su libertad.

III. LA ESCUELA CATOLICA PROPORCIONA EL MARCO DE REFERENCIA DESDE EL CUAL LOS JOVENES PUEDEN CONFRONTAR LA CULTURA DE MODO CRITICO Y CREATIVO

El carácter instructivo disciplinar de la educación crea el marco de referencia cultural, su función es igualmente crear la distancia entre el sujeto y la cultura como medio de objetivación de los contenidos. El joven ha de sentirse inmerso en la ciencia que se le imparte, pero no logra convertirla en cultura si no aprende los mecanismos de control racional que le permiten seleccionar en función de su integración.

La referencia al conocimiento ha de ser lo más completa posible: informativa, normativa, estética... pues toda referencia va encaminada a dar determinada visión del hombre y de su existir. La cultura, cuando se hace unidad con lo religioso, cobra la dimensión más significativa para el hombre. Y cuando lo religioso se identifica con lo cristiano, esa dimensión desborda el vivir para darle proyección de trascendencia. Así, pensamos que el hombre, merced a esta dimensión, se ha hecho descubrimiento e «invención» del cristianismo.

El Documento español sobre la *Enseñanza religiosa escolar* une el objetivo de la escuela con el método, en síntesis inseparable: «Creemos que la escuela en la situación actual no puede renunciar a su condición de ser un lugar señalado para la *formación integral del hombre, mediante la asimilación sistemática y crítica del universo cultural...*» (núm. 6).

Pero el objetivo de formación de la persona no se alcanza desde el exterior, ni desde visiones del universo ya establecidas, por muy totalizantes que sean. Los presupuestos de la psicología perceptual sintonizan con los planteamientos de libertad de adhesión de la pedagogía de Dios y nos mueven a pensar que la referencia al hombre y a su sentido último ha de ser fruto de la creación individual, la cual se hará necesariamente dentro del marco de referencia de la cultura transmitida y del grupo humano que la recibe. El hombre se forma desde sí mismo y cuando, quienes les instruyen, son capaces de motivar los núcleos de dinamismo del crecimiento humano. La

⁵ Cfr. Concilio Vaticano II, G. et S. n. 36, la justa autonomía de la realidad terrena y falsas concepciones de la misma.

visión crítica de la cultura se hace creación personal al permitir estructuras mentales y afectivas conformes con la naturaleza de cada individualidad.

Desde la confrontación crítica de significados, lo cultural y lo religioso se convierte en acto creativo. Pasamos del hombre consumidor de cultura al hombre organizador de personalidad, ya que los elementos de la cultura —las unidades de contenido— se integran en la percepción como unidades estructurantes de la misma.

«La cultura... tiende a ser una fuerza totalizadora de su personalidad. Pero es en la escuela donde esa asimilación totalizadora se produce —en cualquier edad— de una manera explícita, sistemática y crítica»⁶.

Tanto el documento sobre la *Escuela Católica* como la constitución *Gaudium et Spes* afirman certeramente la autonomía de disciplinas y métodos; reconocen igualmente en los contenidos científicos la exigencia de no intromisión por formas y visiones espiritualistas, que nada añaden a las explicaciones de la ciencia. Y en ello la Iglesia no finge estar jugando a fenomenologías ni agnosticismos, sino que busca los vínculos existentes entre el mensaje de salvación y la cultura⁷.

La postura crítica del adolescente lo convierte en interlocutor con la cultura, le ayuda a incorporar lo positivo de sus valores, a plantearse los problemas del hombre de hoy y a buscar respuestas comprensibles y relevantes (*La Enseñanza Religiosa Escolar*, núm. 35 y 36). De esta forma lo cultural prepara la síntesis con los planteamientos de la fe, ya que éstos están igualmente arraigados en la realidad terrena. Evangelio y cultura no solamente no suponen la «ruptura» anunciada por Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* (núm. 20), sino que dan al hombre la visión total del mundo y de su historia.

Ciertamente, las rupturas son posibles. El idealismo, al crear un modelo que concede privilegio de exclusividad a la mente, a lo espiritual y a la idealización de la realidad, rompe la estructura total del universo. También el cientifismo, con su rechazo de todo método que no incluya la experimentación tangible, impide el planteamiento de cuestiones que trascienden la realidad visible. La verdad absoluta no la posee ni la razón ni la experimentación, ambas se necesitan en espera de llegar a horizontes más amplios de significado.

Y cuando la ciencia se trasciende a sí misma se pregunta por las razones últimas de su contenido, busca el complemento explicativo de otros conocimientos en un *intento interdisciplinar* de síntesis. De la armonía orgánica

⁶ Comisión Episcopal de enseñanza y catequesis: *Orientaciones pastorales sobre la enseñanza religiosa escolar*. Madrid, 1979, n. 41.

⁷ Cfr. Doc. *La Escuela Católica*, n. 37. Idem: *Gaudium et Spes*, nn. 57 y 58.

de toda la cultura surgirá la visión del mundo más coherente con la totalidad y unidad de la ciencia. Lo religioso —la cultura religiosa— planteará cuestiones de sentido a las ciencias y al mismo tiempo recibirá de ellas el esclarecimiento y las aportaciones necesarias para el mejor entendimiento doctrinal.

En medio de esta relación interdisciplinar, el joven podrá sintonizar en su momento evolutivo con el universo cultural que la escuela le proporciona, y olvidándose de inhibiciones propias de una educación bancaria recibirá el influjo de cada disciplina como algo configurativo de su personalidad. Las capacidades de intuición, abstracción, razonamiento lógico... así como aquellas que requieren respuestas de actitud ética y afectiva, se sienten llamadas a su pleno desarrollo merced a los contenidos científicos y a la relación interpersonal motivadora de los alumnos con sus profesores.

Por tanto, la confrontación crítica de la cultura mantiene cada realidad en su sitio: la ciencia en la autonomía de sus contenidos y métodos; la persona en la libertad y autonomía del ejercicio de la misma; la enseñanza religiosa en la posibilidad de «interpretación creyente de la realidad». La síntesis no podrá ser solamente de contenidos racionalmente estructurados, sino integración en la conciencia del joven que le haga poseedor de un modo peculiar de vivir.

«Las tareas se polarizan en la síntesis entre cultura y fe, y entre fe y vida; tal síntesis se realiza mediante la integración de los diversos contenidos del saber humano, especificado en las varias disciplinas, a la luz del mensaje evangélico y mediante el desarrollo de las virtudes que caracterizan al cristiano»⁸.

La Escuela Católica tiene que imponerse una visión totalizante de la cultura y de la persona. Pero esa visión totalizante es solamente un objetivotendencia que afectará al aspecto institucional únicamente en la coordinación de elementos que aseguren la presencia del objetivo de formación integral. Sin embargo, cada escuela, cada contenido y cada método, han de gozar de un grado de autonomía tal que sean capaces de configurar el *estilo educativo* peculiar y específico de la institución.

Esta visión totalizante se hace extraordinariamente dinámica en el centro católico, donde la totalidad educativa se busca no en función de una idea abstracta, ni siquiera por una ideología socio-política, sino encarnada en el ideal cristiano, personalizado y personalizante, que es Jesús:

«De este modo, la Escuela Católica adquiere conciencia de su empeño por promover al hombre integral, porque en Cristo, el Hombre per-

La Escuela Católica, n. 37.

fecto, todos los valores humanos encuentran su plena realización y, de ahí, su unidad. Este es el carácter específicamente católico de la escuela...»⁹.

IV. LA ESCUELA CATOLICA VIVE INMERSA EN LA REALIDAD SOCIAL Y, DESDE ELLA, TRATA DE INFLUIR DE MODO DINAMICO EN LA CONSTRUCCION DE UN MUNDO MAS HUMANO

La escuela y la sociedad aparecen hoy como un binomio que se define por la interacción de exigencias.

- a) La escuela exige de la sociedad, sobre todo de los Gobiernos, planificaciones flexibles, medios y recursos para el desempeño de las funciones educativas y para la formación de los propios educadores. Mayor posibilidad del ejercicio de las libertades democráticas, o sea, más independencia respecto a los organismos técnicos. Ser considerada como el inicio de todo el proceso educativo, que es permanente. Que el subsistema escolar, dentro del sistema «educación», adquiera mayores márgenes de autonomía frente a la progresiva institucionalización de que se resiente en numerosos países.
- b) La sociedad, por su parte, pide que la escuela se integre dentro del sistema social, económico y político. Que su acción sobre los niños y jóvenes se ejerza a través de los conocimientos, del desarrollo de las destrezas y de las actitudes que permitan predecir su ajuste personal, social e internacional. Incluso se espera que la escuela —y de modo especial la escuela cristiana— llegue a sectores marginados.

El dinamismo propio de la sociedad actual constituye por sí mismo una alternativa de cambio para la escuela, pone a la institución escolar en continua actitud prospectiva y le anima a opciones de renovación profunda. El lenguaje «escolar», sus métodos, su misma axiología, corren peligro de esclerosis, de dar respuesta a la sociedad únicamente como institución tradicional adaptada y fiel servidora de modelos anticuados. La escuela no puede renunciar a su función profética: análisis de la realidad social, denuncia de situaciones y compromiso inducido en los alumnos.

Así como en la sociedad podemos distinguir, por una parte, su estructura, y por otra, el sistema de valores que la caracterizan, la escuela —como distingue la constitución GEM— se puede considerar como institución y como valor. Ambos aspectos la convierten en el lugar de confluencia y diálogo entre la triple misión: de la Iglesia, de la sociedad y del hombre¹⁰. En cuan-

⁹ *Idem.*, n. 35.

¹⁰ GARCÍA CARRASCO, J.: *La política docente. Estudio a la luz del Vaticano II*. BAC, Madrid, 1969, p. 128.

to a su estructura, la escuela es una institución social que puede detectar las diferencias sociales, las situaciones de injusticia, el sentido del progreso, etc. En cuanto valor, trata de integrar a toda la comunidad educativa en la realidad cultural para proponer opciones de vida que permitan la felicidad de las personas en relación con sus semejantes.

El movimiento ideológico de «desescolarización» ha llamado a la escuela «domesticadora» y servidora de los sistemas sociales. En parte tienen razón quienes así han hablado, pero eso mismo nos obliga a la exigencia de convertirnos, por la escuela, en creadores de un orden nuevo, el orden del hombre en diálogo tras la creación del «nosotros esencial» que podrá ser el mañana de la sociedad si primero lo es de la escuela. La anti-pedagogía y la anti-didáctica van muy lejos en su empeño por convertir a la escuela en ámbito exclusivo de revolución social. Su «proceso instructivo revolucionario», basado en el análisis, la crítica y la ruptura, se reduce a utopía revolucionaria, lo cual no nos dispensa de considerar a la escuela como lugar de análisis, de crítica y de «compromiso».

Todo el contexto del Concilio Vaticano II asume la responsabilidad de la Iglesia en la construcción de un mundo mejor. La hermenéutica de sus textos ofrece perspectivas muy superiores a toda otra filosofía socializante. El núm. 8 de la GEM es taxativo y exigente:

«La Escuela católica, a la par que se abre como conviene a las condiciones del progreso actual, educa a sus alumnos para conseguir eficazmente el bien de la ciudad terrestre y los prepara para servir a la difusión del reino de Dios, a fin de que con el ejercicio de una vida ejemplar y apostólica sean como el fermento salvador de la comunidad humana.»

Igualmente el documento sobre la Escuela Católica abunda en referencias a ese dinamismo en la construcción del mundo: «La cultura para ser educativa debe insertarse en los problemas del tiempo en el que se desarrolla la vida del joven» (núm. 27). «... resulta evidente la necesidad de que la escuela sea realmente educativa; o sea, que se halle en grado de formar personalidades fuertes y responsables, capaces de hacer opciones libres y justas» (núm. 31). «... elección de valores de vida que deben estar presentes de manera operante» (núm. 32). «... La escuela católica... no se limita a enseñar valientemente cuáles sean las exigencias de la justicia, aun cuando eso implique una oposición a la mentalidad local, sino que trata de hacer operativas tales exigencias en la propia comunidad, especialmente en la vida escolar de cada día» (núm. 58). «Compromiso», «colaboración», «servicio social», etc., son términos que jalonan de forma realista el documento.

El hecho de que la escuela se sienta comprometida con la evolución social significa también que respeta en todo momento la libertad de opciones de

quienes en ella se educan. La maduración tiene siempre como meta la adultez de opciones en el compromiso social, la cual solamente puede hacerse en la libertad. José M.^a Setién, desde un ambiente sumamente conflictivo como se vive en la región española cuya Iglesia preside, destacó la importancia de la responsabilidad personal en la libertad: la escuela debe partir de datos objetivos sin desfigurar por ninguna inspiración ética. Ir más allá de la libertad individual, buscar imposiciones pseudodemocráticas no parece compatible con la educación para la libertad que se quiere promover ¹¹.

Con todo, la escuela católica promueve continuamente, y basada en el ideal cristiano, la instauración de la justicia, la convivencia pacífica basada en el respeto por los derechos humanos, y una ética del educador que es siempre propuesta de compromiso hacia lo que constituye la «instauración de todas las cosas en Cristo por la escuela».

Así pues, tanto la Teología cristiana como su estudio dentro del ámbito escolar, dejan de ser algo con resonancias espiritualistas. La ley de la Encarnación nos guía a vivir la espiritualidad cristiana desde el sentido de la justicia, de la paz, la convivencia y el amor. «La evangelización —escribe P. Maymi— no se limita ya a lo estrictamente espiritual, sino que asume todas las situaciones humanas, culturales, económicas y políticas» ¹². Y para ello se requiere el aprendizaje, el ejercicio significativo de las actitudes y hábitos de comportamiento que de ninguna manera se improvisan si antes no ha mediado la acción de la escuela.

Y éste es el significado de la presencia de la Iglesia en la escuela, y por eso mismo se podrá llamar la escuela «católica». La presencia de la Iglesia en la educación se realiza *peculiariter ratiōne* (sobre todo, de modo particular), en cuanto que no es un poder que se ejerce, ni un proselitismo obsesionado por las masas cristianas, sino un signo, algo que se propone como ideal de vida, la cualidad que reviste a la acción educativa de sentirse «animada por el espíritu evangélico de libertad y caridad» ¹³.

V. LA ESCUELA CATOLICA HACE EXPLICITA LA VISION CRISTIANA DEL MUNDO MEDIANTE LA ENSEÑANZA SISTEMATICA DE LOS CONTENIDOS DE LA FE

La identidad cristiana exige una explicitación. Tanto la institución cristiana como el cristiano tienen una imagen de sí mismos en cuya estructura queda integrado lo religioso de modo profundo y dinámico, del mismo modo que es profunda y dinámica la imagen que tenemos de nosotros mismos. La luz

¹¹ SETIEN, J. M.: *La escuela y el cambio político-social*. Sinite, n. 58 (1978), p. 271.

¹² MAYMI, P.: *Principales criterios de actualización catequética*. II Jornadas de Pastoral Educativa. San Pío X - Bruño. Madrid, 1971, p. 91.

¹³ Declaración *Gravissimum Educationis Momentum*, n. 8.

no se nos ha dado para esconderla, sino para que alumbre a todos los de la casa. El centro cristiano es consciente de que la fe ha de fundamentarse en el conocer de modo sistemático los contenidos que la animan y configuran.

Hay dos formas complementarias de dar respuesta a esta exigencia:

- a) De modo institucional, en cuanto la enseñanza religiosa se integra en los programas como «materia ordinaria»; de modo confesional, como respuesta al derecho de los padres y de la institución cristiana privada; y de modo interdisciplinar, como camino para llegar a la visión sintética de la fe con la cultura.

La enseñanza religiosa toma forma de contenido cultural, lo cual significa —en expresión de P. M. Gil— «que no puede estar ausente lo religioso de todo el panorama informativo sobre la historia y la actualidad de los hombres. Lo religioso debe estar presente como material de crónica, objeto de un conocimiento determinado, histórico»¹⁴.

- b) «En forma de intencionalidad última: esto significa que lo religioso debe abrirse en lo cultural en forma de la búsqueda humana de que la cultura procede, y de las vivencias fundamentales de la ultimidad cultural cuya expresión son todos los sistemas aparecidos en la historia»¹⁵. Todo lo cual nos mueve a afirmar la presencia de lo religioso en la totalidad de los planteamientos educativos, del ideario del centro, de la vivencia de la comunidad educativa, de la relación de las diversas ramas del saber llevada a cabo por la relación interdepartamental e interdisciplinar.

La enseñanza religiosa no se puede reducir a la simple instrucción aséptica del hecho religioso como historia sin llegar a la concepción de esa historicidad como proceso de salvación en Cristo, su protagonista, y en nosotros, los que creemos en ese hecho salvador. El contenido teológico de la enseñanza religiosa afecta tan de lleno a la concepción misma de la vida que necesariamente se ha de traslucir la intencionalidad evangelizadora que, en el respeto pleno a la libertad, manifiesta y profesa el Profesor de Religión. Esta intencionalidad se hace patente en su «clarificación teórica» y en su «vinculación confesante» con la Iglesia y su fe.

El Profesor de Religión expresará claramente su percepción cristiana de la realidad existencial a partir de la fisonomía de lo cristiano; su dimensión humano-histórica y su dimensión divina. Estos son los dos rasgos de la fisonomía de Jesús de Nazaret, cruz y resurrección, en su realidad y en el simbolismo de lo histórico y lo divino.

¹⁴ GIL LARRAÑAGA, P. M.: *o. c.*, n. 417.

¹⁵ *Idem.*

«Si hemos de entender la divinidad de Jesucristo desde su historia y, sobre todo, desde su pasión y muerte, recordemos, asimismo, que debemos leer la historia de Jesús (sin deshistorizarla, por supuesto) a la luz del Cristo de la resurrección», afirma E. Malvido, cuando trata de mostrar que lo específicamente cristiano es la confesión de Jesús como persona con realidad histórica y como el Cristo¹⁶.

El Profesor de Religión tiene una referencia a la Palabra como clave de lectura del hecho Jesús, referencia que no puede omitir en virtud de reducciones a interpretaciones incluso teológicas. La Palabra no cambia la realidad, por el contrario, dándole el valor que nadie como el cristiano le otorga, la plenifica en la conciencia misma de quien vive la realidad como experiencia. De la Palabra nos viene la plenitud.

La Palabra se inserta en la realidad humana de cada día. Lluís Diumenge, tras afirmar que su lectura no se hace en tensión metafísica ni en tensión entre prehistoria y futuro, afirma:

«La única tensión válida es la interpretativa que llama al hombre a confrontar textos, inextirpables de su pasado, con una vida intransportable de su presente. La alteridad de los textos obligará al creyente a mantener la alteridad de Dios, más allá de sus deseos de eternidad o de sus proyectos transformadores»¹⁷.

La misión del Profesor de Religión resulta a todas luces delicada. La renovación teológica de estos últimos años ha dado por tierra con el profesor de escasa cultura teológica —aunque bien intencionado en su piedad ingenua— para dar paso al Profesor de Religión con estatuto jurídico de pleno derecho y con preparación doctrinal. La XXXIII Asamblea del Episcopado Español ha expresado sus expectativas y legislado sus exigencias en espera de la recuperación de una dignidad de la «religión escolar» bastante deteriorada hasta ahora.

La libertad de elección de los alumnos y la libertad de los padres a que la religión se imparta según ellos la soliciten, es algo más que una simple opción institucional. Está en juego la identidad misma de la Escuela Católica, a la cual debería renunciar si no desempeña esta misión de «enseñar» con la debida competencia. Está en juego también la identidad cristiana de cada Profesor, figura clave en la interpretación de la historia y en la ayuda educativa que esta interpretación supone para los alumnos.

«Los catequistas del porvenir —afirma Lluís Diumenge con certero énfasis— hablarán siempre en primera persona, dejando aparte el lenguaje

¹⁶ MALVIDO, E.: *¿Qué es lo específicamente cristiano? Naturaleza y Gracia*, abril 1980, p. 136.

¹⁷ DIUMENGE, L.: *La comunidad escolar en su éxodo hacia lo por venir*. Sinite, n. 57 (1978), página 46.

demostrativo. Como profetas de una era nueva, se arriesgarán a comunicar la Palabra que les hace vivir. Su discurso irá encaminado a interpelar al hombre en nombre de otra Presencia, que la misma razón no puede rechazar»¹⁸.

VI. LA ESCUELA SE CONSTITUYE EN COMUNIDAD CRISTIANA Y EN «LUGAR DE ENCUENTRO DE AQUELLOS QUE QUIEREN TESTIMONIAR LOS VALORES CRISTIANOS EN TODA LA EDUCACION» (*«La Escuela Católica»*, núm. 53)

El eje sobre el que gira la institución escolar es la comunidad educativa. De ella surge un proyecto educativo coherente con su intencionalidad formativa, ella dinamiza la concepción del hombre traduciéndola en distintos esquemas organizativos: subgrupos de acción, departamentos, órganos de participación, etc.

La escuela se identifica, pues, a través de la comunidad educativa, y ésta a través de su ideario y proyecto que es lo que define cualitativamente a la escuela por la coherencia con la concepción del hombre que dimana de sus fuentes ideológicas, en nuestro caso, de escuela cristiana, del Evangelio. Así, la escuela católica es el lugar teológico donde la Palabra de Dios encuentra una forma específica de realización.

El documento *La Escuela Católica* afirma que «el proyecto se define por su referencia explícita al Evangelio de Jesucristo, con el proyecto de arraigarlo en la conciencia y en la vida de los jóvenes, teniendo en cuenta los condicionamientos culturales de hoy» (núm. 9). El Profesor de Religión, y todos cuantos se integran en la educación cristiana, realizan en sí mismos la misión evangelizadora encomendada por Jesús a su Iglesia: «Id y enseñad»; la función docente se dinamiza, hace vivir el sacramento de la escuela, ayuda en la organización de las transformaciones pedagógicas, en una palabra:

«la cultura se convierte en medio de comunión y de escucha de la voz de los hombres, de los acontecimientos y de las cosas» (núms. 55 y 56).

Cuando la comunidad educativa llega a ser comunión de intereses en nombre de Jesús, irradia los valores evangélicos. Las relaciones van encontrando cauces de interacción que llegan fácilmente a ser relaciones en la verdad, la justicia y la libertad en el servicio. El modelo cristiano así formado es anuncio salvador de personas, culturas, pueblos e historia.

Ahora bien, estas afirmaciones que pueden contrastar bruscamente con la realidad de los centros educativos requieren un tratamiento normativo que

¹⁸ *Idem.*, p. 55

las traduzcan en realidades progresivas y eficaces. La primera medida es la de distinguir entre la enseñanza religiosa y la catequesis de la comunidad cristiana. Si la enseñanza religiosa queda más respaldada por la tradición docente, no así la catequesis de la comunidad, que en estos momentos está naciendo y abriéndose a los imperativos de complementariedad de la primera.

Los centros educativos, conscientes de que la maduración en la fe se ha de realizar en los grupos que libremente se constituyan como respuesta a la propuesta de la escuela, han de ofrecer lugares de encuentro en torno a la Palabra y vivencia religiosa de los individuos. La experiencia personal y grupal será el origen y punto de partida, los grupos se irán integrando al ritmo de su propia dinámica, expresándose en formas diversas, celebrando su fe, y proponiéndose la progresiva transformación del medio en el que viven inmersos.

«El porvenir de la educación de la fe —afirma Lluís Diumenge— está ligado íntimamente a hombres y comunidades que crean en ella. Tendrá eco en el mundo en la misma medida en que estos hombres y comunidades habrán comprometido su vida en dicho quehacer»¹⁹.

Pero la creación de la comunidad cristiana no puede ser fruto de iniciativas aisladas de una pastoral de conjunto. La escuela y la parroquia han de ensanchar los términos de su definición territorial para llegar a la coordinación del nacimiento de la Iglesia como comunidad de comunidades. Sus cometidos se entrelazan y crean un nuevo ámbito eclesial en el que nacen y crecen diversidad de grupos: de *iniciación* en la fe (catequesis, preparación a la primera comunión, catecumenados de confirmación, etc.), de *maduración* cristiana, *catecumenados de adultos* y grupos de celebración de la fe.

Esta es la urgencia que la escuela cristiana siente hoy sobre sí misma. Basados en el carácter evangelizador y de signo que queremos ofrecer a la libertad de los educandos, nuestro compromiso cristiano y de servicio eclesial implica dos tareas irrenunciables y complementarias: *a)* La enseñanza religiosa, y *b)* la catequesis de la comunidad. Todo esto requiere el planteamiento radical de la misión del profesor cristiano y del sacerdote, de modo que, en un régimen de prioridades, puedan compaginar en su trabajo la labor docente con la animación de grupos-comunidad.

Las *Orientaciones pastorales sobre la Enseñanza Religiosa Escolar*, tras estudiar la diferencia y distinta intencionalidad de la catequesis de la comunidad cristiana y de la enseñanza religiosa escolar, apuntan la cualidad de complementariedad de ambas acciones eclesiales:

«Aparece así claramente que estas dos tareas son complementarias. Una catequesis viva en la comunidad es el terreno más apropiado para

¹⁹ *Idem.*, p. 42.

que fructifique la enseñanza de la religión. Y una buena enseñanza religiosa creará el deseo de una plena catequización en el seno de la comunidad cristiana»²⁰.

Estamos, pues, dentro de los planteamientos de la Iglesia actual: «Nuestra misión es evangelizar, es decir, proclamar a todos el gozoso anuncio de la salvación...»²¹, tratar por todos los medios posibles de que cada educando llegue, por su maduración en la fe, a convertirse en auténtico signo de renovación salvadora en su medio social.

Esta será, en última instancia y confrontación con los resultados, la realidad que nos defina como Escuela Católica. Cuando el joven adquiera unos conocimientos científicos que aseguren su profesionalidad laboral; un sentido de la vida y del hombre coherente con sus conocimientos e iluminado por la fe; cuando se integre en la comunidad cristiana para vivir en ella la plenitud de su fe; cuando los jóvenes lleguen a su plena madurez siendo signos de salvación en la sociedad, podremos llamarnos, en el gozo del espíritu, Escuela Católica.

²⁰ *Orientaciones pastorales sobre la enseñanza religiosa escolar*, n. 66.

²¹ *Doc. La Escuela Católica*, n. 7.